



Muera la inteligencia

Mercedes Salinachs¹

Hace poco tiempo he leído una noticia escalofriante: una niña de corta edad había sido apaleada por sus compañeros de clase sólo porque era una buena estudiante y la envidiaban.

Al parecer, la niña en cuestión resultaba "molesta" por su facilidad de aprender y por su afición al estudio. Semejante "impertinencia" no podía despertar en sus compañeros más que hostilidad, envidia y un afán desmesurado de abatirla como fuera. Así que no vacilaron en desafiarla para tener una excusa propicia al ataque del que fue víctima, hasta dejarla medio rota y con el ánimo destrozado.

Inmediatamente me acordé de la famosa y lamentable frase que cierto general de la legión pronunció en épocas dictatoriales: "Muera la inteligencia". Argumento que ha servido para que durante muchos años se considerase que la incultura, la frivolidad y la falta de iniciativas intelectuales pertenecían exclusivamente a las ideologías conservadoras.

Sin embargo, es evidente que la frase a la que me refiero, lejos de diseñar una ideología política, lo que ha hecho siempre es mantenerse a flote en una bamboleante ideología social. Algo propio de los que no piensan o de los que, creyéndose civilizados, se introducen de lleno en la más incivil postura humana. Es mucha la pobreza de aquellos que mantienen ocultos los recovecos de insatisfacciones personales para que las reacciones de tanta miseria no estallen en reacciones hirientes.

Además, son tantas las lagunas de sus intelectos que ni siquiera calibran hasta qué punto esa descarga de odios puede volverse contra ellos. Por algo se ha dicho siempre que la enemistad es la ira que espía la ocasión de vengarse. Sobre todo cuando la ira se generaliza y la masa receptora reacciona.

En el fondo será siempre esa masa receptora la que dictamine cuáles son los verdugos y las víctimas, por mucho que esos verdugos se empeñen en demostrar que la inteligencia es un lastre innecesario.

¹ El texto de Mercedes Salinachs fue publicado en la sección "Tribuna abierta" del diario ABC, con fecha 14 de noviembre de 1997



Sin embargo, es indudable que si las agresiones (verbales, físicas o intencionales) son reprobables, no lo son menos aquellos que de una forma indirecta, o incluso directamente, son responsables de que se produzcan, como ha ocurrido a esos niños de corta edad en una escuela pública.

Hasta tal punto me parece que esos pequeños monstruos pueden llegar a ser casi inocentes, que incluso con frecuencia se me antojan más víctimas que las propias víctimas. Porque, ¿no tendrá algo de culpa la educación que esas criaturas reciben no sólo en sus casas sino en las escuelas? ¿Se han preocupado los educadores de esa especie de violadores de la paz de enseñarles que la envidia, el odio y la violencia están prohibidos en una sociedad civilizada? ¿Les han explicado que una de las metas más sólidas de la democracia consiste en favorecer la feliz convivencia entre los que nos rodean? Y ¿les han advertido que lo más importante para convivir consiste en frenar los impulsos desbocados, los instintos ancestrales y las salvajadas que todo ser humano hereda de su condición animal? ¿Se han preocupado las escuelas de instruir sobre lo que está bien y está mal, lo que debe vencerse o practicarse, en suma, lo que siempre se ha considerado ético o lo que se considera aberración?

Llevamos demasiados años soportando que los niños vayan creciendo en un mundo enturbiado por la anarquía, impulsado por la violencia y dirigido por una televisión que lejos de procurar el bienestar colectivo sólo se preocupa de conquistar audiencia.

Es evidente que son pocas las familias que se agarran a las normas de la placidez y de la armonía, y es también un hecho real que en las escuelas escasamente se practica la gimnasia mental de los principios básicos.

Partimos de una base primitiva en la que el instinto se convierte en una especie de inteligencia capaz de sustituir la que nos exige el raciocinio. Consideramos que el hombre es tan autosuficiente que nadie tiene derecho a coartar ni a restringir lo que le indican sus impulsos y, por consiguiente, nadie está facultado para envarar lo que llamamos libertad, aunque lejos de disfrutar esa libertad nos esclavicemos a ella.

De ahí que las conductas sin ética resulten siempre tan desalentadoras. Nadie tiene en cuenta que la impotencia sin directrices concretas puede convertirse en una ridícula pero peligrosa prepotencia.

De hecho es la brutalidad contra la normalidad; la represión contra la verdadera libertad y, por supuesto, el retroceso contra el auténtico progreso: aquel que se desarrolla sin correcciones y con



violencias o costumbres tan corruptas como ancestrales.

Por eso no valen teorías sobre si la famosa frase del general legionario es propia de derechas o de izquierdas. En realidad, todos aquellos que agreden, de la forma que sea, la están pronunciando, sin que por ello deban caracterizarse por un color político. Unos y otros se parecen demasiado para distinguirlos.

Actividades

1. Explica mediante sinónimos el significado de los siguientes términos aparecidos en el texto:

Impertinencia:

Bamboleante:

Lastre:

Desbocados:

Ancestrales:

Armonía:

Coartar:

2. Indica cuál es la tesis principal del texto y las partes en que se encuentra dividida. ¿Cómo se desarrolla el texto que acabas de leer?